

Sermón sugerente para el 6 de octubre del 2012

Misión Central Salvadoreña

Departamento del Espíritu de Profecía

**La Concesión
del
Don de Profecía
a la
Iglesia del Señor**

Por:

Pastor Marcelo Javier Solís Mena

Director del Departamento del Don de Profecía
de la Misión Central Salvadoreña

Arturo G. Daniells. *El permanente don de profecía*. Mountain View, Cl. 1979). –Adaptado por Marcelo Solís.

La Concesión del Don de Profecía a la Iglesia del Señor

EL DON DE PROFECÍA es uno de los dones más selectos de Dios a la familia humana. En realidad sigue en importancia al don supremo del Hijo Unigénito de Dios y de su Espíritu Santo concedidos a un mundo extraviado por el pecado.

Pero al dar a su Hijo fue necesario que Dios concediese otro don: el don de profecía. Esto era imperativo. Era necesario como medio de comunicación por el cual Dios pudiese decir a un exangüe mundo perdido por qué había dado a su Hijo único. Por este conducto —el don de profecía— Dios se mantuvo en comunión con el hombre desde la caída. Por este método de comunicación, ha dado siempre mensajes de información, dirección, amonestación y súplica a toda la familia humana.

Al hacer esto, el Señor ha alzado misericordiosamente la cortina que separa su mundo de luz de nuestro mundo de tinieblas. Por esa abertura la gloriosa luz de su mundo sin pecado penetra en nuestro mundo rodeado de tinieblas morales. La entrada de esa luz ha traído la nueva visión, la nueva esperanza y la vida transformada que Dios se proponía impartir al dar a su Hijo.

Las revelaciones que Dios ha hecho a los hombres mediante el don de profecía han sido, en parte a lo menos, registradas y conservadas para beneficio de todo el mundo en todas las épocas. Por eso existe la Biblia —el sagrado y divino Libro que lleva el nombre de: “La Palabra de Dios”.

El maravilloso origen del hombre

El relato inspirado arroja raudales de luz sobre todo lo que contemplamos: arriba, debajo y en derredor de nosotros. Nos hace remontar hasta los comienzos. Revela el origen de las cosas, de nuestro mundo, de la familia humana, y de aquella misteriosa enfermedad que llamamos pecado. Derrama torrentes de luz sobre el significado de la situación en la que nos hallamos. Predice el futuro hasta el fin del tiempo.

En la Palabra inspirada se nos presenta un relato breve y racional del origen del hombre y del comienzo de la historia y de la familia humana. Es a la verdad el único relato auténtico y satisfactorio que posean los hombres. La declaración inicial es ésta:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1).

Cristo ocupó nuestro lugar, a fin de libertarnos de la condenación del pecado que es la muerte. ¡Qué motivo de adoración!

Pero hay otra pregunta difícil que requiere una respuesta, y es ésta: ¿Cómo podía comunicarse al hombre esta maravillosa provisión hecha para su redención? ¿Mediante qué proceso o de qué manera podía Dios hablar, instruir a aquellos que ya no podían verlo ni conversar cara a cara con él? Este problema no podría nunca haber sido resuelto por el hombre. Su solución pertenecía a Aquel cuyos recursos son infinitos. Él solo sabría darse a conocer a sí mismo y manifestar sus propósitos divinos al hombre separado de él por el pecado. He aquí el método que fue ideado por Dios:

“Si tuviereis profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él” (Números 12:6).

Este es un método divino de comunicación, un método escogido, declarado y usado por el Señor mismo. Es una parte vital e inseparable del plan de la redención. Es un medio divinamente designado para que los mensajes de Dios puedan llegar a la familia humana. A través de todos los tiempos el Señor iba a comunicarse de esta manera con los hombres. Era una provisión permanente. ¡Asombrosa condescendencia! El que había sido tan profundamente agraviado por el hombre estableció un plan para dar una revelación clara y fidedigna de sí mismo a un mundo que se hallaba en activa y resuelta rebelión contra él.

El método de comunicación

¡Oh, admirable medida, por la cual Adán, aunque desterrado en una tierra de pecado, podía sin embargo, recibir los mensajes de amor y perdón del Padre, y llegar a comprender el plan de salvación trazado para un mundo sumido en el pecado por su acto voluntario de desobediencia! ¡Oh, admirable medida, por la cual los mensajes del trono de Dios han sido transmitidos a los hombres en todas las épocas, y por la cual nos son presentadas a nosotros, “en quienes los fines de los siglos han parado”, promesas divinas, sí, evidencias del completo e inminente triunfo del plan de la redención!

Ese benéfico arreglo exige la más profunda gratitud de parte de sus indignos beneficiarios. Aún más, exige el reconocimiento humilde y la aceptación agradecida de las instrucciones, los reproches y las demandas hechas por Dios mediante este arreglo misericordioso. Más aún, el plan es tan vital y tan imperativo, puesto que se relaciona con la salvación del pecador por el Evangelio, que debe ser estudiado con la sinceridad y el fervor necesarios para comprenderlo claramente.

¡Gracias Señor, por la concesión del maravilloso don de profecía! ¡Amén!

en presencia de nuestros primeros padres, fue una promesa para ellos” (*Patriarcas y profetas*, pág. 51).

Esta breve predicción de un gran conflicto entre Cristo y Satanás, y la promesa del triunfo último y absoluto de Cristo y de la derrota completa de Satanás, deben haber suavizado hasta cierto punto el pesar de Adán y Eva mientras abandonaban para siempre lo que una vez fuera su hogar feliz. Sí, había luz y esperanza en aquella profecía y promesa. En su abundante misericordia y sabiduría infinitas, Dios había provisto la solución del terrible problema que la desobediencia había creado. Dios había decidido un plan por medio del cual la humanidad pudiera ser redimida de lo peor que el pecado pudiese traer sobre la especie. Esto fue oscuramente revelado en la sentencia pronunciada sobre el maligno instigador del mal.

Efectuar la reconciliación del hombre con Dios, redimirlo de la maldición del pecado, y restaurarlo al hogar paradisiaco del cual había sido desterrado, tal era el plan que había sido determinado desde hacía mucho, y ese plan fue ahora anunciado al tentador a oídos de la pareja culpable. Satanás podía en verdad herir el calcañar de Cristo, pero Cristo iba a aplastar la cabeza de la serpiente. Acabaría por fin en absoluto con el pecado.

Aquí demanda respuesta una pregunta importante. ¿Cómo podía Dios ser fiel a su ley justa, y sin embargo justificar a sus transgresores?

Cristo es el camino de regreso al paraíso

La respuesta es Cristo, “la luz del mundo”. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Además: “Gracia sea a vosotros, y paz de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro” (Gálatas 1:3, 4).

Estas declaraciones nos revelan el maravilloso plan de Dios para salvar de sus pecados al pecador, y restaurarlo al hogar que perdió por el pecado. Dios dio a su Hijo. El Hijo se dio a sí mismo. Dios “hizo al Hijo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hecho justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Así proveyó para los pecadores una restauración plena y completa. El sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz, no solo hizo posible la reconciliación del pecador con Dios, sino que hizo también posible, para todo pecador que eligiese aceptar el ofrecimiento, la restauración al glorioso estado de Adán antes de pecar.

El gran abismo cavado por el pecado, que separa al hombre de Dios y el cielo, ha sido salvado por la cruz del calvario. Cristo llegó a ser nuestro sustituto.

Luego sigue el relato de una semana de creación. El informe de lo hecho en el sexto día de la semana describe el origen del hombre:

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27).

Según esta Palabra inspirada, el hombre fue creado por Aquel que hizo las miríadas de enormes mundos que llenan el universo. En relación con este mundo, el hombre era la obra culminante del Creador, más grandiosa, maravillosa y noble de todo lo demás que Dios había creado. Dotado de cualidades físicas, intelectuales, morales y espirituales perfectas, ocupaba el lugar más elevado del mundo cuyo señorío recibió de su Hacedor.

Antes de que se produjese el pecado, Adán y Eva eran honrados y bendecidos por la libre directa asociación con su Creador y otros miembros de la familia celestial. Se les permitía contemplar la gloria de Dios, y estar en comunión con él “sin velo separador”. Es razonable creer que en ese trato íntimo con su Creador recibían de él la información que necesitaban acerca del gran propósito divino de la creación, y también de su relación con el Creador y el mundo en el cual se hallaban colocados.

Los comienzos de la historia humana

“Y había Jehová Dios plantado un huerto en Edén al oriente, y puso allí al hombre que había formado” (Génesis 2:8).

Ese hombre y esa mujer perfectos fueron colocados en un ambiente perfecto, dotados de las posibilidades más seductoras y gloriosas. El paraíso era su hogar. Habían de ser los padres de la familia humana. Habían de ejercer dominio sobre toda la tierra, y había de ser un dominio glorioso. No había de haber en él nota discordante alguna. No había de haber pecado; y por ende serían desconocidos los horrendos resultados del pecado como los conocemos hoy: la enfermedad, el dolor, el sufrimiento, el pesar y la muerte. La tierra se había de poblar de una raza sin pecado, y todo lo que había de entrar en ese reino debía proporcionar gozo a los habitantes durante toda la eternidad.

“El primer hombre creado por Dios era pues perfecto; fue puesto en un ambiente perfecto y tenía comunión perfecta con Dios. La armonía reinaba en él, en todas sus relaciones con las criaturas inferiores a él y con el Creador soberano que lo regía. En su vida y fuera de ella, había todo lo necesario para fomentar la completa sumisión de la soberanía de Dios y la perfecta obediencia a su voluntad” (Ruth Paxson, *Life on the Highest Plane*, tomo 1, pág. 38. Nueva York, 1928).

La trágica entrada del pecado

Tal era el admirable futuro que el Señor planeó para la familia humana. Pero nuestros primeros padres dejaron trágicamente de apreciar su gloriosa perspectiva. Le fueron infieles allí, en su hogar paradisiaco, en posesión y disfrute de todo lo que Dios les había concedido. Escucharon las viles insinuaciones del que había llegado a ser enemigo de su benéfico Creador. Cediendo a la influencia y a las sugerencias de aquel enemigo, desobedecieron la orden de Dios. Su pecado trajo una terrible tragedia sobre el mundo.

Después que hubieron pecado, Adán y Eva “oyeron la voz de Dios que se paseaba en el huerto al aire del día.

“Y llamó Jehová Dios al hombre, y le dijo: ‘¿Dónde estás tú?’

“Y él respondió: ‘Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo’.

“Entonces Jehová Dios dijo: ‘... ¿qué es lo que has hecho?’

“Y al hombre dijo: ‘Por cuanto... comiste del árbol que te mandé diciendo no comerás de él; maldita será la tierra por amor de ti’.

“Y los sacó Jehová del huerto de Edén” (Génesis 3:8-10, 13,17,23).

Así, “el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte”. “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores”. “Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés” (Romanos 5:12, 19,14).

Este mal acarreó incalculable desgracia a Adán y a Eva. Perdieron la dulce y satisfactoria inocencia que habían tenido. Perdieron la hermosa vestidura de la justicia de Dios que los había ataviado. El virus del pecado entró en su corazón y quedaron “atestados de toda iniquidad” (Romanos 1:29). Todo el mal mortífero en que la raza humana se ha sumido durante seis mil años existía en embrión en aquella fatal hora de desobediencia, listo para dar origen al más poderoso esfuerzo posible para derrotar el propósito divino.

“La caída del hombre llenó todo el cielo de tristeza. El mundo que Dios había hecho quedaba mancillado por la maldición del pecado, y habitado por seres condenados a la miseria y a la muerte. Parecía no existir escapatoria para aquellos que quebrantado la ley. Los ángeles suspendieron sus himnos de alabanzas. Por todos los atrios celestiales, había lamentos por la ruina que el pecado había causado” (*Patriarcas y profetas*, pág. 48).

“Esa hora –escribe J. W. Westphal– fue la más sombría que este mundo haya visto

jamás. Nunca ha habido desde entonces un momento en que la estrella de la esperanza no haya resplandecido para atravesar aun las tinieblas de la media noche. Pero en aquel momento no había ni un solo rayo de luz para alegrar a la pareja aturdida, pecaminosa y llena de pesar. Habían experimentado las primeras angustias de la muerte, y aunque todavía mucho les estaba oculto, sabían perfectamente que en la conducta que habían elegido no había esperanza de alivio. Separados de Dios, no tenían reposo. Se habían identificado con el enemigo de Dios”.

El destierro del Edén

Para Adán y Eva la situación era sombría, trágica, sin solución. Un gran cambio se había producido en el hombre mismo, y esto entrañaba un cambio en el ambiente, en su relación con Dios, y en su comunicación con su Hacedor. El pecado acabó trágicamente con la asociación personal y la libre comunión con Dios que se le habían concedido a la primera pareja. Llegó a ser el velo que separaba al hombre de su Dios. Esta separación era inevitable, porque acerca del Creador se dice: “Tú eres de ojos demasiado puros para ver el mal, ni puedes contemplar la iniquidad” (Habacuc 1:13, VM). Se dice claramente a los hombres caídos: “Mas vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros” (Isaías 59:2).

El hombre debía quedar separado ahora de la comunión directa con sus compañeros celestiales y sin pecado. Ya no podía morar en la presencia de Dios, ni permanecer en el paraíso. “Por eso el Señor lo sacó del jardín del Edén,... Después de expulsar Dios al hombre del huerto, Dios puso querubines al oriente del jardín del Edén, y una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardar el camino al árbol de la vida” (Génesis 3:23-24).

“Con humildad e inenarrable tristeza se despidieron de su bello hogar, y fueron a morar en la tierra, sobre la cual descansaba la maldición del pecado” (*Patriarcas y profetas*, pág. 46).

Un rayo de luz y esperanza

Pero esta apenada pareja no fue desterrada de su hogar edénico sin un rayo de luz y esperanza. Antes de ser despedida, fue convocada juntamente con Satanás, ante el Señor para oír la terrible sentencia que iba a declararse. Pero en la sentencia que Dios pronunció sobre Satanás, el que había labrado la ruina de ellos, oyeron estas alentadoras palabras: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y el Descendiente de ella. Tú le herirás el talón, pero él te aplastará la cabeza” (Génesis 3:15).

“La primera indicación que el hombre tuvo acerca de su redención la oyó en la sentencia pronunciada contra Satanás en el huerto... Esta sentencia, pronunciada